

avergüenzan el adelanto moral de nuestros días y llenan de sombra el espíritu de Buenos Aires.

Si en vez del revólver se utilizara el cuchillo, pronto desaparecerían de la crónica policial esa retahíla de sucesos de muerte y de dolor, porque no todos tendrían el atrevimiento de desenvainar un arma en el momento de las exaltaciones, cuando supieran que en vez del paso atrás requerido por el arma de fuego, debían dar uno hacia adelante y esgrimir con su contendiente, como en las viejas relaciones gauchescas.

Hay en el arma blanca mayor ferocidad, más bárbaro ensañamiento; pero todo eso es necesario para acabar con esa vergüenza del crimen que llena todos nuestros días, que inunda las páginas de nuestros diarios, como si ya en el mundo no hubiera más.

Hay que reaccionar y la reacción consiste en esto, en hacer que el crimen tenga caracteres más y más bárbaros cada día, haciéndolo difícil al espíritu del hombre moderno, en vez de facilitar como viene sucediendo hasta hoy.

Cuando hasta el hombre de guante blanco y almidonada pechera llegara á percatarse de que para vengar su honor ó dirimir una dificultad del momento debía emplear el gesto del bárbaro que asalta cuchillo en mano, con peligro de su vida, al adversario, cara á cara y cuerpo á cuerpo, la mitad de los crímenes se evitarían... por antiestéticos.

Marea de sangre

La actualidad pertenece al crimen. La distribución de los premios Nobel no ha merecido este año el honor de una columna de comentarios en la prensa de esta metrópoli, que en un momento de buen humor alguien quiso comparar con Atenas. Los sabios que este año último han merecido la universal consagración de la academia sueca se han visto supeditados á las exigencias de la información criminal. Swinburne, Metchnikof, Lippmann, todos los demás que han sido recompensados con el premio Nobel, no han podido ir hasta el público porque las columnas de los diarios reservábanse para las declaraciones de Juan «el reo», para el retrato de «madama Porra», para una descripción espeluznante de la mujer decapitada, para el último asesinato, para «el crimen de anoche».

La marea de sangre sube, rugidora y temible, con un sordo rumor de destrucción y de muerte. Los diques más altos son para ella débiles vallas; nada resiste á su empuje, y los más nobles y más puros sienten que, de vez en cuando, azota su rostro y salpica su alma el espumarajo mal oliente de esta marea atávica.

Hay que reaccionar; imponerse al curso de esa corriente de muerte para acentuar el imperio de la reflexión y de la justicia. El hombre es un animal que vive preso á lo pasado por los mil lazos de su

recuerdo y en él un sólo gesto equivale á mil años de civilización, tanto si el gesto es dignificador, como si es vergüenza y desdoro. El hombre del siglo xx que en un momento de ofuscación mental yergue el brazo para herir á su hermano, desanda miles de años de historia, para regresar á la tarde del crimen primero, cuando la voz de la conciencia se hizo oír en la calma de la naturaleza virgen. El hombre que, aun hoy, alza el brazo empuñando un arma, retrograda á la vergüenza de los días de salvajismo, en que los hombres disputábanse á dentelladas la difícil presa esquiva.

Por todas partes florece el mal en vergüenza y dolor, sin que haya vallas suficientes para impedir el paso de ese alud terrible. Por todas partes el crimen fructifica, como si la humanidad atravesara un momento de locura universal. La prensa diaria aparece goteando sangre y las páginas rojas, de muerte y de dolor, salen de los límites de la información para entrar en los del arte y de la literatura. La humanidad vive en pleno delirio salvaje.

Ya no es el degenerado que mata por matar, por quitarse un estorbo, por hastío; ya no es el pasional arrebatado, que en un momento de ofuscación vierte sangre; ya no es el hambriento, el necesitado, tornado criminal por la miseria. En ese deporte de la vida que se expone al azar de un tiro de revólver ó al de una puñalada en regla, entran ya hoy otros componentes. También el crimen se eleva, también se dignifica, y desde el caballero de guante blanco, cuya posición social dice de una refinada cultura, que debiera ser un lastre, hasta el humilde burgués, cuyo sensato raciocinio es el mejor de los códigos, todos entran en esa carrera de la muerte, todos toman parte en ella como si quisieran demostrar que, efectivamente, ya no hay clases.

¿Qué extraño, pavoroso, viento de locura so-

pla sobre las almas? La conquista más bella del hombre sobre la naturaleza: el dominio de la pasión, parece haberse perdido por completo, nadie reprime nada, todos se dejan llevar, arrebatados por la locura idiosincrática del momento, como si obedecieran á un repentino cambio de su norte moral que hubiera trastornado por completo su manera de ser y de obrar.

Y la principal culpable de esta nueva modalidad colectiva que mancha y envilece toda la civilización del siglo, porque demuestra la mentida eficacia de las leyes y de todo código autoritario, la principal culpable es la prensa, ese instrumento de bien y de mal, ese mundo cuyos dos polos opuestos destilan zumo amargo y néctar dulcísimo. La prensa es la principal culpable de que aun hoy perdure el atavismo vergonzoso del crimen, porque ella es la que alienta, la que auxilia, la que auspicia toda tentativa dolorosa.

Siempre que se ha censurado la pena de muerte se ha tenido especial mención para una de las grandes causas que contra ella se manifiestan, diciéndose que el valor moral de ese castigo era contra-productente, por cuanto el alma sugestionable de los predestinados para el delito no podía menos de dejarse vencer cayendo al fin en el espejismo de ese ejemplo. Si esto, que la prensa dice y repite cada vez que la pena de muerte va á ser aplicada, es atrozmente exacto, qué no diremos de ese banquillo moral elevado por ella, día á día, en sus columnas; picota donde se exhiben los condenados de la sociedad; tablado de vergüenza y miseria donde el reporterismo glorifica y ensalza con sus exageraciones bullangueras al depravado, al criminal, al hombre retardado en la civilización, ofreciéndolo como un héroe de hazañas canallescas que por otros no habrán de tardar en ser imitadas.

Si la pena de muerte, por ejemplo, es contra-

producente, porque atrae y fascina al «cultor del coraje», más todavía podríamos decir en contra de la prensa de hoy, con sus largas descripciones de miserias, de crímenes y de vergüenzas, mientras por otro lado lo bello y lo noble de la vida queda relegado al rincón de las cosas sin trascendencia.

Es indispensable reaccionar; pero, reaccionar francamente, firmemente, sin dejarse dominar por el acaso pasajero, por la conveniencia del momento. Hay que reaccionar para salvación propia, porque tal es el deber de la humanidad si no quiere borrar de un solo golpe miles de años de civilización, regresando á la nada primitiva, al caos de los primeros días, aplastada bajo el golpe feroz de esa marea bárbara de sangre, cuya ascensión, día á día, pertinaz, invariable, es un escarnio y una vergüenza. Es triste suponer que aun hoy el hombre tiene los ímpetus del troglodita y blande el hacha de sílex como el habitante de las cavernas.

¿Quién ha tenido un recuerdo para esa pobre suicida de 18 años que al sentirse madre corre en busca del causante de su deshonra, buscando el auxilio del remedio antinatural que habría de evitar la demostración de la falta, y que al no verse atendida vuélvese contra sí misma, se envenena y muere?

Yo he leído en no sé qué hoja de publicidad un elogio para el amante, por el solo hecho de que éste no quiso proporcionarla los medios para hacer desaparecer el fruto del amor clandestino. Y no me extraña que la prensa haya aplaudido el gesto del que no quiso cometer un filicidio y censure en cambio á la que en un momento de desesperación

volvió contra su vida libertándose de la pesada carga.

El amante no sólo quería disponer de su tranquilidad, sino que entendía poder hacer lo mismo con la de los demás. El fruto de la falta común él no quería que desapareciera, pero sí pretendía obligar á la pobre muchacha á que fuera por el mundo adelante con la carga de un hijo, que tal vez no fuera una alegría para su alma atribulada por el deshonor en que los demás la suponían.

Y en esta emergencia, cuando ella á gritos reclamaba la desaparición de la falta, el amante hizo gala de humanitarismo inconcebible, ilógico y falso: «¿Quieres cometer un delito? ¡Pues desde hoy todo ha terminado entre nosotros!»

Qué fácil ¿verdad? Qué sencillamente se rompen los lazos de un afecto que en el hombre puede suponer una necesidad satisfecha; pero, que en la mujer, que lo arriesga todo, es, siempre, un impulso del corazón y una urgencia del espíritu... Nada de extraño, pues, que al recibir el doloroso golpe, la mujer pensara en libertarse, cometiendo dos delitos en vez de uno, dejando que el hombre, el fuerte, cuya voluntad fuera la causa de la tragedia, pudiera continuar su vida, libre, serena, satisfactoriamente sin preocupaciones.

Ya hoy el delito no reconoce las tradicionales separaciones en que hasta ayer viviera y así se hace posible la existencia de algunas nuevas modalidades, que antes, ó no se conocían, ó pasaban en silencio, sin ocupar la atención de nadie.

¡Cuántas veces el suicidio proviene de un oculto delito social ó particular, como una presión de las vidas fuertes, dominadoras y altivas sobre la pobre vida que pasa, humilde y resignada!

En el caso de esa muchacha si hay algún delincuente, si alguien pudiera ser criminalmente enjuiciado por la pérdida de dos vidas, es el amante,

cuyo egoísmo intolerable fué la mano que las empujó al abismo, en la misma miseria del mismo cuerpo mortal.

Y en esos tantos asesinatos, en esos tantos hechos misteriosos que llenan de vergüenza á Buenos Aires, no se puede ver otra cosa que la floración de ese equívoco concepto en que la prensa entiende el cumplimiento de sus deberes. Porque si cotidianamente el pueblo recibiera la saludable lección de una fe, de una voluntad, de una moral, en vez de hacerlo de todo lo bajo que es veneno para los cuerpos y degradación para los espíritus, el hombre sería un poco menos malo, tendría la recta serenidad de un principio para guiarle en el enmarañamiento de sus propias pasiones, y jamás recurriría al gesto violento, á la actitud bravucón, á la miseria moral de esos héroes del delito que descritos en sendas columnas y fotografiados en posturas diversas van de hogar en hogar, de alma en alma, dejando el germen, que un día habrá de fructificar, de todas las miserias hasta ese momento ignoradas.

Ya es el hombre de los bajos fondos, que asesina á una de sus camaradas, por simple deporte; ya es el joven elegante, culto, que dispara su revólver matando al amigo que le negara el saludo; ya el amante que se muestra honorable ante el recurso de un abortivo y para ello condena á la pobre desdeñada al suicidio; ya es el asalto á mano armada, ya el parricidio como en el caso del General Rodríguez, ya el crimen sin motivo de una pobre horizontal, en el abandono de un encuentro furtivo... Toda una marea de sangre que sube y sube sin solución de continuidad, hasta que la prensa, francamente reaccionando, quiera poner remedio al mal, evitando que el diario ejemplo,

la lección de vicio eternamente repetida se infiltre en los espíritus y dé margen á esa enorme criminalidad. Sólo la prensa podrá oponer un dique bastante poderoso para ello, pues cuando desaparezca la gloriola del bárbaro atávico, cuando ya no haya quien fomente en el espíritu del predestinado sus instintos de crimen con el ejemplo de otros, la marea de sangre bajará, vuelta al nivel de otros tiempos, cuando sólo la pasión era un motivo y una excusa. Y no hay necesidad de insistir mucho para decir cuán grande es la urgencia de que eso se cumpla, de que esa medida sea por fin llevada á la práctica.

Y, lo que en el periodismo, lo mismo en el arte, en las letras. Vuelve la literatura de crimen, los novelones de los Gaboriau, de los Fernández y González; vuelve el cuadro delirante, la plástica imagen del mal en la estatua, todo lo que destruye en el hombre el sentimiento de lo bello, la visión de lo noble y de lo puro. La vida humana, arrasada por un desborde de sensualidad que no encuentra medios para exteriorizarse, vuélcase en oleadas de sangre por los campos de la más dolorosa impureza. La apacibilidad moral de un tiempo se ha perdido; la agitación tumultuosa de la vida, que es un combate por el triunfo de la materia, ha producido una fermentación de todos los elementos malsanos provocando una florescencia de muerte y de dolor, capaz de resistir á todas las tentativas humanitarias. Hay que probarlo; es necesario ver, si, en verdad, el mal tiene esa enorme resistencia pregonada, tanto más dolorosa cuanto más y más va adelantando esa marea de sangre que todo lo envuelve y amenaza devastarlo todo.
